

CULTURA Y DEPENDENCIA EN LATINO AMERICA

Ignacio Sosa Alvarez/Filosofía y Letras

Primer lugar

El tema de Cultura y Dependencia en Latinoamérica obliga, antes de cualquier intento de aplicación, a definir lo que entendemos por dependencia y por cultura.

Por dependencia entendemos el concepto tradicional que afirma que ésta es la subordinación y reconocimiento de otra autoridad o poder mayor. La subordinación estaría estrechamente ligada a las condiciones económicas imperantes en América Latina. El reconocimiento se refiriría, en cambio, a la relación que priva entre los países tecnológicamente muy avanzados y los nuestros.

Veamos ahora el concepto que más nos interesa: la cultura. Este término ha tenido dos significados fundamentales. El primero englobaría a las, así llamadas, "bellas artes" como la elocuencia, la poesía, la música y la filosofía que sirven para el conocimiento diferenciado del hombre y del mundo que lo rodea. El segundo sería el conjunto de valores materiales y espirituales que se desarrollan en dependencia del cambio de las formaciones económico-sociales. Este conjunto de valores sirven, en síntesis, para explicar la formación del hombre en un mundo.

Aceptamos ambos significados de cultura, porque creemos que éste es el instrumento empleado para satisfacer las diferentes necesidades que tiene el hombre.

Antes de seguir adelante, diremos que aunque hemos tratado de mostrar los elementos que intervienen en la relación cultura-dependencia, no hemos analizado aquel que incluimos implícitamente al mencionar el término dependencia. Este tercer factor sobre el que no hemos reflexionado, sería el que nos explicara las causas de nuestra dependencia.

Así, cuando mencionamos a la dependencia, ésta nos ubica ante una serie de datos que requieren nuestro reparo. Las causas de nuestra dependencia, lugar común es afirmarlo, se deben a nuestra herencia colonial. España y Portugal durante tres siglos fincaron las sólidas bases sobre las que gira la problemática de la dependencia latinoamericana. A mediados del pasado siglo, los Estados Unidos e Inglaterra fortalecían empeñosamente, esas mismas bases que las guerras de independencia pretendieron remover.

Ahora bien, la segunda exigencia del tema propuesto, nos invita a inquirir sobre la relación que guardan entre sí la dependencia y la cultura. ¿Cultura y dependencia son fenómenos independientes entre sí? La respuesta no puede ser afirmativa, ya que la historia nos muestra que entre ambas existe una ley muy parecida a la de los vasos comunicantes. No puede elevarse el nivel cultural sin que automáticamente el desarrollo sufra un impulso equivalente y viceversa. Más bien deberíamos decir que entre cultura y dependencia existe una relación biunívoca en la que dialécticamente ambas sufren una interacción. Pero, como para ilustrar cualquier proceso dialéctico es necesario, hasta el momento, emplear un proceso formal, debemos descomponer la interacción en sus diferentes momentos. Empecemos:

De la unión de un país tan inmenso, variado y desconocido, educado según la descripción de Bolívar —bajo el triple yugo de la ignorancia, de la tiranía y del vicio, y de una señora de temperamento violento-revolucionario llamada independencia—, surgió una numerosa y levantisca prole apellidada Latinoamérica. Familia que según varios sociólogos estadounidenses que la han estudiado, nació para matar al padre y tener una prolongada relación incestuosa con la madre. Como se puede observar las tragedias no sólo son griegas.

Esta revoltosa familia latinoamericana harta de su padre español, queriéndose librar de él solicitó ayuda a dos pastores anglosajones. Estos, halagados por la confianza en ellos depositada, mostraron gran celo en liquidar a aquel haragán, vergüenza de Europa decían, que se enriquecía con el trabajo ajeno. Pero al ver cumplida su labor vieron que la gran familia latinoamericana quedaba en la orfandad por lo que, conmovidos, decidieron adoptarla, declarándose automáticamente albaceas del patrimonio familiar.

Años más tarde en esa familia no faltó un hijo rebelde que creyéndose mayor de edad, reclamó para sí la completa libertad, previa exigencia de su parte de utilidades en el negocio familiar. El padrastro anglosajón apoyado por el resto de sus hijastros, le propinaba al rebelde una serie de garrotazos que convencían al hijo desobediente de que su lugar estaba en el seno familiar.

En recientes años la relación padrastro-hijastro fue evolucionando hasta llegar a firmar una serie de convenios que regulaban las obligaciones del segundo hacia el primero: debía de defenderlo en caso de que lo agredieran. Debía cuidar sus inversiones con más cuidado que el que prestaba a las propias. Debía prestarle su voz en las decisiones internacionales.

Con la finalidad de evitar incidentes bochornosos, del tipo de los que Europa ofrecía en ese momento, decidieron establecer un convenio de buena vecindad en el que se estipulaba que hecha ya la repartición de las riquezas disputadas, se respetarían las fronteras. . . de los Estados Unidos.

En años más recientes aún la relación a la que estamos haciendo referencia perdió los atavismos ancestrales y, como si fuera un próspero negocio, se convino en cambiar la anterior política por la de una buena sociedad.

Hemos procurado presentar los datos de la historia latinoamericana en forma objetiva y breve. Ahora debemos observar cómo los mismos datos son procesados y programados por los educadores oficiales latinoamericanos. Los resultados del procesamiento son los siguientes:

El culto de los mitos o el olvido de la dependencia

La primera información que se les da a los escolares latinoamericanos es la de que son unos seres privilegiados. Privilegiados porque tienen la oportunidad de vivir en el nuevo mundo. ¿Por qué nuevo mundo? ¿Qué significa eso?, se preguntan los escolares. La respuesta del maestro no se hace esperar: mundo nuevo porque es aposento de los mejores ideales de la noble Europa. Nuevo mundo porque en estas tierras lograron plasmarse y hacerse realidad. Privilegiados porque por el solo hecho de haber nacido en estas tierras, alcanzan la meta tan anhelada por la humanidad entera: ser libres e iguales en derechos a todos los hombres de América.

Logrado ilustrar el tema de la libertad con la relación de los hombres que murieron por alcanzarla (y callándose la cantidad de vivos que no la disfrutaron), se pasa automáticamente a hablar teóricamente sobre las hermanas repúblicas y el respeto que se guardan entre ellas. Sobre las guerras del Pacífico y del Chaco se guarda un ominoso silencio, que pretende ser interpretado como discreción: la ropa sucia se lava en casa.

La soberanía —afirman— es en nuestros países inviolable, como hombres y como naciones —se dice— respetamos en igual medida las normas jurídicas y religiosas.

Sin embargo el mito más importante sería el de nuestra riqueza, que unida (para estar a tono con los tiempos) a nuestra ontológica incontaminación ideológica y de otros tipos, daría como resultante una región, casi insular, de potencialidad increíble: somos un continente vasto y rico en el que se encuentran todos los minerales, todos los climas, etc., etc. Reuniendo todos los elementos aquí expuestos, les es fácil explicar que Brasil, Argentina y el resto de Latinoamérica pueden considerarse los países del futuro. En el nuevo mundo se encuentra el germen de otro más nuevo.

Un segundo momento en la información de los escolares latinoamericanos, se produce con el apoyo de un material más procesado, más “científico”, más “real”. En este periodo se les pide que olviden lo más posible del anterior ciclo: Argentina con su nombre, con su Río y su Mar de la Plata sólo revela la loca imaginación (sin duda alimentada por el hambre), de los primeros conquistadores. La cornucopia mexicana es un símil poético de algún español que se desvelaba leyendo textos en griego y latín. De la legendaria riqueza del Perú y Bolivia, aseguran, sólo resta el brillante recuerdo y la realidad de la pobreza de esas regiones mineras.

En tercer y último momento, negación de los anteriores es el de la culminación del ciclo informativo a que son sometidos los latinoamericanos, es provocado con el ingreso del estudiante al ciclo superior o universitario y encontrarse con la generalizada opinión de sus maestros de que debe arrojar por la borda todos los conocimientos no aprendidos en esas aulas, ya que en ellos se encuentran los reflejos de una deformada realidad oficial en la que su *nihil obstat* es evidente.

En la universidad aprende a considerar como traidores a toda una gama de personajes pintorescos que la tradición popular señalaba como héroes. Aprende también la validez de los preceptos más importantes de un decálogo diferente que se sigue al pie de la letra en más de un país latinoamericano:

No publicarás cosas de Latinoamérica;
No platicarás sobre problemas de Latinoamérica;
No nombrarás las dictaduras por su nombre

Prohibiciones que tienen su raíz en nuestro pasado colonial y que datan desde aquella disposición contenida en la Ley de Indias que “prohibía —en palabras de Samuel Ramos— que tanto los americanos como los españoles vecinados en América estudiaran, observaran y escribieran sobre materias relativas a las colonias”.

En suma, la visión que el hombre latinoamericano tiene de sí mismo y de su dependencia es caótica gracias a la educación recibida y no difiere mucho de la de Ernesto Guevara cuando afirmaba: “Un poco más avanzado que el caos, tal vez en el primero o segundo día de la creación, tengo un mundo de ideas que chocan, se entrecruzan y a veces se organizan.”

Cultura y dependencia

Ahora bien esta visión caótica de la realidad latinoamericana ¿a qué se debe? ¿Será acaso una correspondencia efectiva entre una Latinoamérica informe, y nuestras categorías cognoscitivas que no se pueden aplicar a ella? ¿Se deberá, quizá, a que nuestra capacidad crítica resulta insuficiente para abordar la totalidad de los problemas que esta realidad nos plantea? ¿Tal vez, la suma de las dos sea el origen de esta deformada perspectiva?

Un análisis más cercano de los pensadores latinoamericanos nos muestra que esta problemática no es reciente. Además de que nos muestra un planteamiento lúcido y un camino a seguir: “No se necesita gran talento para dejar de enseñar —afirma Simón Rodríguez en el pasado siglo— lo que no conviene que otro sepa (y en este ‘no conviene’ cabe engaño). Los pueblos pueden engañarse también (y vemos que se engañan) creyendo que no les conviene aprender lo que no se les enseña.”

Desde los inicios de nuestra vida independiente ha sido constante de nuestro pensamiento, el procurar erradicar todos los elementos irracionales de nuestra conducta, para que una vez libres de ellos, podamos iniciar un proceso que nos permita alcanzar lo más pronto posible las metas de la libertad y del progreso.

El mexicano Mora, el argentino Sarmiento, el venezolano Rodríguez, el chileno Bilbao, representaron “la inteligencia de los pueblos (que) vio renacer la conciencia, la aurora del día de la regeneración”. En la anterior cita de Bilbao observamos que el despertar de la conciencia se vio acompañado de una dolorosa amputación intelectual. Amputación que intentaba por medio de explicaciones biológicas, raciales, socioculturales, climáticas, económicas y políticas levantar el velo que ocultaba la realidad latinoamericana. Realidad desnuda, vista quizá por vez primera sin prejuicios ni moldes prefabricados. No en todos los casos estos pensadores lograron burlar la educación europea que les imponía sus puntos de vista. Pero debemos señalar que su preocupación fundamental no era despojarse

de esta perspectiva. Su intención trataba de deslindar en nuestras repúblicas la herencia de una Europa sana que no negaba los valores de la civilización, del legado de otra Europa que propiciaba la ignorancia de los americanos. Para Francisco de Miranda la situación de estos últimos era comparable a la de los esclavos de los escitas, a los que sacaban los ojos para que nada pudiese distraerlos de las labores en que los ocupaban.

Así que el cuestionamiento que ahora priva en nuestra cultura: el ponderar los elementos que la integran, no es como afirman ahora varios intelectuales latinoamericanos, la característica de nuestros días. Más bien deberíamos decir que es la constante de toda nuestra historia.

El anterior aserto de fundamentarnos en base a los nombres de la breve lista a que nos hemos referido, pese a que ellos no tenían las facilidades de comunicación con las que ahora se cuenta y que les hubiera permitido establecer vínculos diferentes a los causados por la observación estrecha de la misma realidad de la época; también lo fundamentamos en los intelectuales del siglo XX.

En el siglo XX Rodó vuelve a señalar las características de nuestras deformaciones seculares, afirmando que de seguir pensando en esa forma nuestro crecimiento peligraría en ambos siglos.

El arielismo de Rodó no hace referencia explícita a las lacras del siglo XIX no liquidadas aún, pero González Prada, ya proyectado definitivamente en nuestro siglo maneja con ideas frescas nuestros viejos problemas. Todos ellos son referidos a lo que él llama la magna cuestión: *la cuestión social*.

En este momento es preciso señalar lo que hasta ese momento era considerado un problema de cultura o de instrucción (como gustaban de llamar los decimonónicos latinoamericanos) sufre un cambio de nominación y la instrucción es obligada a hacer un vergonzoso *mutis* de la escena latinoamericana (*mutis pero no desaparición*. En dos o tres ocasiones será llamada otra vez a escena por numerosos aplausos del público "culto" pero el ocaso estará ya señalado). Una nueva estrella, con el *glamour* de las *vamps* cinematográficas, aparece: *la cuestión social*.

Numerosa literatura que aborda los problemas de la industrialización (antes se llamaba progreso), de la propiedad de la tierra y del mercado fue publicada: Deficiencias de los recursos productivos. Escasez de capital y ahorro. Formas de dualismo. Falta de impulso en etapas decisivas. Factores externos e internacionales desfavorables. Anacronismo institucional y fallas estructurales. Fueron los temas de moda, terminología toda ella tendiente a buscar las causas de nuestros problemas. El resultado más o menos similar al de nuestros predecesores, sólo que nuestra pobreza, nuestras dictaduras, fueron abolidas por golpes de gobierno. Nuestros latifundistas fueron burgueses. Nuestra pobreza fue subdesarrollo.

En pocas palabras, el vocablo independencia tan en boga en la centuria pasada fue sustituido por el de dependencia. Con esto no pretendemos minimizar los logros de la sociología y de la economía, ya que consideramos que este planteamiento tiene la finalidad de mostrar la otra cara de nuestra débil moneda. Además de ser necesaria la explicitación de nuestra dependencia ofrecida por los economistas y sociólogos, éstos nos ofrecieron nuevos elementos analíticos que nos permitieron establecer la relación precisa entre nuestra economía latinoamericana y su escaso margen de decisión política. Nuestra dependencia económica es ya un hecho que sólo los políticos, mediante malabarismo y solicitudes de más préstamos al extranjero pretenden negar.

En este momento las directrices señaladas por el economismo, condenando al arcaico sistema social, decían, con su estructura tradicional, impide cualquier intento de progreso. Parecía que el problema cultural había sido definitivamente colocado en un museo.

La revolución cubana con su rápido dismantelamiento de la estructura colonial parecía que iba a dar la razón a los que así pensaban, pero, mejor leamos las palabras de Fidel:

En el pasado las condiciones sociales limitaban y encadenaban el desarrollo de las fuerzas productivas. Hoy no son las condiciones sociales. Para nosotros están abiertas todas las fuerzas al desarrollo de la imaginación, al desarrollo del esfuerzo, al desarrollo creador, al desarrollo de la economía en todos los campos. Hoy no son las condiciones sociales las que encadenan las fuerzas productivas. Hoy son los factores subjetivos, *¡somos nosotros mismos! ¡Es nuestra propia ignorancia! Señores, nosotros somos el obstáculo principal hoy al desarrollo de las fuerzas productivas. . .* (El subrayado es nuestro.)

El problema de la cultura que se quiere desechar con este hecho, parece ser como un *boomerang* que aunque parezca retirarse, vuelve a nosotros.

Sin embargo estos años de olvido muestran inequívocas señales de abandono. El aura romántica que la protegía está deshecha. Su filo está mellado.

Debemos hacer un rápido examen de su estado actual para saber qué podemos esperar de ella: En el ataque de Rodó a nuestra *nordomanía* se mostraba todavía en plena forma. Veamos qué pasó con ella en aproximadamente catorce lustros.

Nuestra nordomanía ¿acaso ha disminuido? En otras palabras, ¿ha cobrado fuerza nuestra latinidad? La respuesta más efectiva a estas interrogantes exige una breve explicación de la transformación sufrida por la cultura con la aparición de la radio, del cine y de la televisión. Al aparecer estos productos de la era tecnológica, la ley del menor esfuerzo se impuso, y el hombre para entrar en contacto con el mundo y conocerlo ya no sintió necesidad de enfrentársele. Aquel que no sabía leer puede decirse que perdió interés en aprender, ya que, para oír y ver no tenía que hacer esfuerzo alguno. La única actividad desarrollada por el radioescucha y el televidente es la de receptor de un mensaje. Mensaje, de sobra está decirlo, en el que no tiene ni él ni nosotros la menor ingerencia. Así, la imagen de la realidad presentada por la TV y el cine, al igual que los *comics*, fueron adquiriendo tal fuerza que al cabo de pocos años nos sentimos más identificados con esta imagen que con nuestra realidad.

De este modo contemplamos complacidos las aventuras de James Bond en escenarios exóticos con sonrientes nativos como los del Caribe y la ciudad de México. También nos identificamos con un apolíneo Tarzán que camina entre selvas inexploradas, ya sean éstas de Africa o de la antigua región maya, sorteando las trampas de traicioneros indígenas que siempre terminan reconociendo la superioridad del hombre blanco. (Dado este paso, se presenta como natural la exigencia de que un estudioso de Latinoamérica para poder estudiarla toda o en partes, tenga que marchar a un país extranjero y sea éste Inglaterra, Francia o los Estados Unidos para que allá le expliquen cómo somos y qué pensamos.)

Para cuantificar nuestro grado de dependencia cultural, sería necesario hacer un gigantesco esfuerzo intelectual y tratar de imaginar cómo sería *un día* sin el material ofrecido a los medios de difusión por los países de los que dependemos: los cines sin películas, los canales de TV sin material de proyección, los periódicos sin noticias, los consultorios médicos sin *Reader's Digest*, los lectores sin *Play Boy*, ni sus *Siete Minutos*, los estudiantes sin libros de texto, los centros nocturnos sin música, sin Borges escribiendo en español; resultado: el desquiciamiento, la locura. Creemos que ni García Márquez tendría una imaginación tan portentosa como para describir este día de soledad.

Ahora bien, ¿qué podemos esperar? Las posibilidades para un replanteamiento de la dependencia cultural y económica de Latinoamérica parecen agotadas. La alianza entre nosotros y aquellos de los que dependemos se intentó en el pasado y el presente siglo; resultado: dependencia.

Intento de caminos diferentes sin llegar al divorcio como en los casos de Guatemala y República Dominicana; resultado: más dependencia.

Caminos diferentes y divorciados como en el caso de Cuba; resultado: veinte escalabros en un decenio.

Con esto no queremos decir que Latinoamérica está por primera vez en un callejón sin salida. No debemos olvidar que tanto el poder de la Península Ibérica como el poder anglosajón nos han colocado cuidadosamente en esa situación.

Las corridas de toros ofrecen un símil muy cercano como para resistirnos a utilizarlo. Observemos los elementos que la componen: fuerza del toro que cuenta con la simpatía del público quien guarda la íntima esperanza de que cuerne al espada. El espectáculo es de uno o dos revolcones viniendo luego la inevitable muerte del toro y aclamación al torero quien además se lleva una millonada.

Nuestra capacidad crítica debe superarse. Si el toro no fuese miope y además pudiera ver hacia adelante y no hacia los lados como lo hace, si en lugar de seguir el movimiento de la capa buscara la causa que provoca dicho movimiento, el toro embestiría directamente al torero y el espectáculo terminaría.

Creemos que ésa es la labor de la cultura en Latinoamérica: propiciar los elementos que permitan una transformación en las estructuras. Esta tesis no es nueva, pero si dedicamos nuestro esfuerzo no ya a describir el problema sino a transformarlo, estaremos continuando la labor de independencia que lleva más de siglo y medio.